

# La educación de la mujer beneficia a toda la sociedad

Por Carmen Sánchez Sadek

El Día de las Madres me proporciona una gran alegría y una inmensa tristeza: alegría porque soy madre de una hija y un hijo ejemplares; y tristeza porque a mis dos madres, a mi madre y a su madre, mi abuela, hace ya demasiados años que no las puedo besar en este día tan especial.

Mi querida abuelita murió en 1963 a los 78 años de edad. A mi adorada madre, con sólo 55 años, nos la arrebató un cáncer incurable, hace ya 28 años.

La educación que cada una de estas mujeres recibió les sirvió para ser hijas, esposas, madres, mujeres profesionales, y componentes ejemplares de la comunidad.

En el caso de mi madre, también le sirvió para poner en marcha un plan educativo específico para la mujer actual. Ambas mujeres han influido en mi manera de pensar sobre el tipo de educación que debemos proporcionar a nuestras muchachas (y a nuestros muchachos), tanto en la escuela primaria como en la se-

cundaria.

Mi abuela Carmita recibió una educación demasiado corta, pero extremadamente valiosa. Criolla de padres españoles, fue la primera cubana de la familia. Perdió a su madre a los 7 años, al nacer su hermana menor; quedó huérfana de padre a los 14 años, y perdió a su único hermano, el mayor, a los 15 años de edad.

Quizás, a la escuela primaria apenas asistió unos dos o tres años. El resto de su educación intelectual, moral y espiritual, la recibió de sus padres y de sus vecinos, quienes la ayudaron mucho al quedar casi completamente sola en el mundo a tan tierna edad.

Ya a los 15 años mi abuela había aprendido a leer y a escribir con una letra preciosísima, y sabía todas las artes domésticas: cocinar, lavar, planchar, coser, tejer, bordar, atender a los enfermos, cuidar y educar a los niños, proveer el apoyo emocional necesario para el crecimiento y desarrollo saludables de una familia, organizar y coordinar todas las labores requeridas para el buen funcionamiento de una casa.

La cualidad más sobresaliente de mi abuela era su afán de superación, conjuntamente con la de todos sus hijos e hijas. Mi madre y todos sus hermanos y hermanas, aprendieron no sólo lo que ellas les enseñó sino, además, todo lo que quisieron aprender.

Mi abuelita acomodó el presupuesto familiar para proporcionarles a sus hijos todas las posibilidades educacionales que anhelaban. Y así todos sus hijos e hijas terminaron exitosamente carreras profesionales.

Las cinco hijas se educaron hasta el más alto nivel que la familia pudo ofrecerles. Tres de las hijas, mi madre una de ellas, se graduaron de la Escuela Normal como maestras de economía doméstica, y una continuó estudios de dietética y nutrición en la Universidad de La Habana. También, uno de los hijos llegó a ser decano de la facultad de Ciencias Comerciales de la Universidad de La Habana. Todas las hijas trabajaron fuera de la casa además de llevar la responsabilidad del hogar y de la familia.

Mi madre también fue una mujer de negocios. Con sus her-

manas fundó una escuela dedicada entre otros objetivos, al desarrollo total de la mujer: el Instituto San Miguel. Con una doctora en medicina y una doctora de psicología, el instituto estableció un programa de educación para las jóvenes que abarcaban todos los aspectos esenciales para el desarrollo de la mujer.

Mi tía Carmencita enseñaba dietética, nutrición y arte culinario; mis tías Caruca y Adelina enseñaban tejido y bordado; mi madre enseñaba el establecimiento y manejo del presupuesto casero y la organización y dirección efectivas de las labores domésticas; la doctora de medicina enseñaba materias sobre educación sexual, y el desarrollo físico e intelectual de los hijos, mientras que la doctora en psicología preparaba a las alumnas para que entendieran las relaciones interpersonales entre cónyuges, el desarrollo emocional y espiritual de los hijos, y las relaciones familiares entre parientes sanguíneos y políticos.

La cualidad más sobresaliente de mi madre fue su dedicación al desarrollo total de la mujer.

Nadie como ella entendió la importancia de las funciones que la mujer realiza día tras día, en beneficio del conjunto de la sociedad.

Como me solía decir, el futuro de una nación depende, sobre todo, de la educación que esa nación le brinda a la mujer, pues como esposa, madre, ama de casa y trabajadora, la mujer es uno de los factores más importantes, en el ámbito económico, social, educativo y político, que garantizan el éxito o el fracaso de una sociedad.

Del ejemplo y de las enseñanzas que recibí de mi madre y de mi abuela, hoy soy de la opinión que debemos reexaminar las metas de nuestro sistema educativo teniendo en cuenta que, en la actualidad, tanto el hombre como la mujer deben desarrollar hasta el máximo su potencial físico, intelectual, moral, artístico, y emocional, de modo que comprendan perfectamente la responsabilidad de cada individuo en lo que respecta a su propia persona, su familia y comunidad, su nación y el mundo.

Carmen Sánchez Sadek es consultora de educación.

L M U N D O

La Opinión - Día de las Madres - 9 de mayo de 1993